

## **El sueño final.**

Escuché un ruido entre las cosas arrumbadas contra la pared. Pedazos de madera y metal restos de un mueble que había sido jubilado tras largos años de leal servicio. Algunas eran largas y planas, otras delgadas. Unas más, eran de otros materiales, aparentemente plásticos; todo en diversos tonos de café. Y a pesar del caos que representaban, estaban graciosamente apiladas contra la pared, ocupando el mínimo espacio posible.

Es por eso que me resultó extraño que un trozo de metal laminado, muy delgado, se moviera de posición. Si no lo había hecho antes, ¿por qué comenzaría en ese momento? Claro la más obvia y temida respuesta: ¡ratones!

Tomé el trozo de metal; me llamó la atención lo liviano que era. Debía ser alguna especie de metal muy ligero y formado de tal manera que no parecía pesar más que el plástico. Incluso su textura y suavidad era similar. Salí de mi cuarto, el penúltimo del pasillo. Me dirigí al cuarto del fondo de la casa, donde descansaban mi hermana menor y su hija. El paso por ahí era necesario para llegar al patio trasero; que compartíamos con varios vecinos, solo separados por malla en la dirección lateral al norte y al este, mientras que en el sur la pared de la casa de la difunta doña Iris servía como límite.

Era aún noche o madrugada. La escasa luz que iluminaba mis pasos era seguramente producto de la luna; que debía estar próxima a ser llena. Coloqué el trozo de metal recargado contra una de las paredes de esa habitación. Tal vez mi primera intención era sacarlo al patio, pero la cantidad de ruido que eso generaría me disuadió de hacerlo. Hay que ver lo que cuesta dormir a un niño de 3 años.

Tras dejarlo recargado y tras quedarme mirándolo a ver si no se caía nuevamente, esta vez por un apresurado proceso de acomodo, producto de mi falta de interés en hacerlo mejor, noté que se movía nuevamente, pero en esta ocasión me pareció observar que se deformaba, momentos antes de deslizarse.

¿Metal que se dobla? Bueno, jeso sí que es inusual! Lo tomé y agité a modo de espada (la cual asemejaba remotamente, con ayuda de algo de imaginación). Tras tomarla, pensé se doblaría nuevamente, pero no lo hizo, así que convencido de que mi falta de sueño estaba afectando mis sentidos, me dispuse a irme a mi habitación, cuando el fenómeno se repitió.

Volví a levantar el trozo de metal, pero su rigidez casi se había desvanecido, y en mis manos se comportaba casi como un trozo de plástico de baja rigidez; el cual ofrecía escasa resistencia a ser doblado. Lo peor fue cuando esta tendencia a doblarse, parecía tener un patrón: la placa larga como una espada, parecía doblarse en una dirección; apuntando

hacia una esquina de la habitación que daba hacia la casa de doña Iris. Incrédulo, apunté la placa en otra dirección, solo para observar cómo se volvía a doblar hacia la misma dirección.

Agitado ante este fenómeno tan extraño, desperté con voz baja a mi hermana menor, quien entre molesta y sorprendida me preguntó ¿Qué pasó? Sin dar mayores explicaciones, pregunté insistentemente ¿Qué hay en esa dirección? Pensando en que algún dispositivo podría estar dentro de la casa vecina generando un campo magnético lo suficientemente fuerte como para doblar el metal. No Fue extraño que mi pregunta resultara por demás confusa y carente de sentido para alguien que no entendía ¿qué hacía en su cuarto?, ¿Por qué tanta prisa? Y ¿Qué hora es? Antes de comenzar a pensar en la pregunta en sí. Aún después de que pasaron los segundos suficientes para que esas preguntas se contestaran más o menos solas, mi pregunta siguió careciendo de sentido, como es lógico que ocurra para alguien que no ha visto el fenómeno tan exótico que yo acababa de presenciar.

Tras repetir el experimento frente a ella y tras comprobar que mi hermana no tenía la más mínima idea de que había en la casa contigua, observamos como el fenómeno parecía manifestarse por momentos, para después simplemente ser inobservable por otros periodos de varios segundos. Mi madre salió de su cuarto y llegó por el pasillo, solo para presenciar otro de los eventos; el cual le resultó tan desconcertante como era. Sin embargo, las pausas de unos cuantos segundos se extendieron un poco más, y al ser esa barra de metal extrañamente maleable, extrañamente liviana y de un material que hasta ese momento no habíamos intentado siquiera analizar, terminamos por “ignorarlos” por un rato.

Pasó una cantidad indeterminada de tiempo; como esos días raros y nublados en que el día se escapa sin que sientas que pasa el tiempo. Mi mama, con mi hermano menor, en el cuarto; mi hermana y su hija se habían ido; lo cual no me extrañó en ese momento. Noté que el fenómeno se repetía. Pero parecía que había comenzado a afectar más a objetos alrededor, además de aquella barra. La dirección en la que era afectada, había cambiado radicalmente; aproximadamente 170° en dirección noroeste y parecía seguir modificándose. Lo más intrigante es que, cada vez que el efecto se manifestaba, era como si yo mismo pudiera percibirlo. Sé que los seres humanos no tenemos sentidos capaces de detectar los campos magnéticos, pero de una forma u otra sabía que era un campo magnético y podía sentirlo.

Me alarmaba de sobremanera pensar que era capaz de percibirlo; sabiendo que la intensidad de campo magnético necesaria para que éste generara una fuerza sobre materia no metálica era tal, que era incluso posible que se produjeran efectos negativos

en la salud. Recordando lo que he aprendido sobre magnetars y sus inmensos campos magnéticos, capaces de arrancar electrones de la materia tradicional, degenerándola a estados en los que ninguna forma de vida puede mantenerse intacta. ¿Cuántos Teslas eran necesarios para que un ser humano pueda percibir un campo magnético? Y peor aún, ¿No afectaría dicho campo a la materia que lo compone?

Alarmado y tratando de encontrar la fuente, con la barra en la mano seguí la dirección en la que se curvaba, ahora marcada y decididamente, la cual me llevó hacia la puerta del patio trasero. Donde vi pintados en las paredes, consignas contra mi hermana; presumiblemente cortesía de una pretendiente del padre de su hija. Dichas consignas estaban pintadas sobre las paredes del patio trasero, que para ese momento no compartíamos con nadie más, y denotaban agresión y amenaza. No entendí porque, pero no me detuve a pensar en eso, ya que la barra doblándose parecía ir cambiando de dirección más rápidamente, a razón de uno o dos pares de grados por segundo. Podía sentir no solo la barra, sino esta indescriptible sensación de poder percibir el campo magnético a través de mi piel, mis huesos, mi cráneo, mis ojos.

¿En verdad está pasando? Me pregunté a mi mismo en silencio. Si está ocurriendo, aún si el epicentro fuera muy cerca de aquí, un campo magnético de tal intensidad debería ser detectable desde distancias enormes. Un pequeño sobresalto de pánico me atacó cuando comprendí que lo contrario podría estar también pasando: ¿y si es muy lejos y aun así puedo percibirlo? Cada que sentía un pulso adicional el fenómeno parecía hacerse más fuerte. Parecía girar un poco más la dirección en que apuntaba.

Mi mente trabajaba tan rápido que un segundo o dos me proveía de innumerables cantidades de pensamiento. De momento noté el aplastante silencio. ¡Los pájaros! No se escuchaba ninguno. Tampoco se escuchaba la fastidiosa música de ningún vecino. Ni la tele a todo volumen de otras casas, ni pláticas, ni nada. Claro, otras formas de vida más pequeñas y sensibles como las aves deberían presentar sintomatologías más graves que solo una distorsión y desenfoque de la vista. ¿Cómo podrían volar y orientarse dentro de un campo magnético tan potente?

Estando ya parado afuera del patio; en esa tarde pálida y con luz tan tenue que era difícil reconocer que ya era pasado el mediodía, y no un despejado amanecer, intenté leer los mensajes contra mi hermana. Actividad que no terminé porque quise evitar ver directamente al sol, a sabiendas de los efectos nocivos que esto produce en los ojos. Mientras calibraba mi posición para no ver directamente y poder leer el texto pintado en la pared, noté que el cielo no estaba nublado.

En realidad era todo lo contrario: estaba absolutamente despejado. Ningún trazo de nubes o niebla había en el cielo. Esta fue la razón por la que mi asombro fue mucho mayor al descubrirme mirando al sol, sin mostrar los característicos efectos de molestia. El sol brillaba, sí; pero su luz era pálida y difusa. Menos amarilla y más blanca que de costumbre y carente de la potencia quemante que siempre había experimentado desde niño al intentar mirarlo. Por un momento dudé que fuera el sol. Nuestra estrella, gloriosamente brillante y que siempre exigía respeto hasta para mirarla directamente y que cobraba dolorosamente a aquellos que osaban hacerlo, se veía débil y parecía tener vergüenza de que le mirara de esa forma. El halo alrededor de él era seguramente un efecto óptico de la luz que éste emitía, y no una cruz en sí. Para aquellos que están acostumbrados a usar lentes resulta muy natural. No así la cantidad de luz que emitía en ese momento.

Sumamente confundido fui a donde mi mamá acompañaba a mi hermano y sin saber que decir, le dije ven, tienes que ver al sol. Con el lógico gesto de desconcierto que siguió, se apartó de mí para dirigirse hacia a mi hermano. Lo vi, extrañamente triste; eventos recientes parecían estar mermando su ánimo éste día. A mi madre, preocupada; como intuyendo que mi exaltación era por una razón poderosa. Una pulsación del campo magnético anómalo que nos había estado desconcertando desde la madrugada estaba deformando mi visión nuevamente; esta vez incluso generando ruido en mi vista mientras pasaban los uno o dos segundos que dicha pulsación duraba, seguido de un periodo de varios segundos más de calma. A pesar del efecto de vértigo que me generaba, logré mirar la puerta de madera ser torcida levemente durante ese corto intervalo y con ella todo lo demás que yo era capaz de ver. “¡La potencia de ese efecto!” pensé. ¿Cuánta potencia es necesaria para que pueda deformar la materia aún sin ser metálica?

Aún con una tormenta de pensamientos en mi cabeza me dirigí hacia afuera, esperando observar mejor lo que ocurría; pensar que hacer o por lo menos entender que pasaba. Al llegar nuevamente al patio trasero (no sé por qué no fui al frente), miré nuevamente al sol, pero esta vez la vista era peor... inmensamente peor.

Observaba como manchas solares, que usualmente son pequeñas e invisibles al ojo humano desnudo, se hacían visibles y expandían en fracciones de segundo. Como en cámara lenta y ante una confusión creciente solo pude ver conforme las manchas cubrían más y más porcentaje del disco solar, mientras el aspecto de la luz ambiental se hacía un poco más oscuro. El proceso llevó algo menos de un segundo, pero tal vez debido a lo exaltado que me encontraba, se me figuró mucho más largo; mientras me preguntaba ¿qué sería ahora de nosotros? ¿Qué opciones nos quedan ahora? La raza humana siempre ha escapado a la extinción, de una u otra forma. Cuando en la antigüedad la población se redujo a unos cuantos miles, al menos dos veces; cuando la guerra y las enfermedades

mataron a millones y millones. Sabía que existían planes para colonizar Marte en el futuro cercano, pero indudablemente estaban muy, muy lejos de ser usables por ahora; y aunque fueran exitosos seguramente no habría diferencia en Marte y en la tierra ante un fenómeno como este. Ni siquiera la gente en la Estación Espacial Internacional tendría oportunidad alguna; en todo caso ellos serían los primeros afectados. Hubiera sido buena idea trazar un plan de emergencia; hay tantas cosas que no podríamos predecir con anticipación, que incluso una pequeña nave que tuviera la oportunidad de mantenerse en el espacio, que fuera autosustentable, para algunos cuantos por lo menos, habría sido útil. Científicos, técnicos, ejemplares útiles para una posible reconstrucción de la humanidad, tal vez en algún otro lugar; tal vez en el espacio, pero que continuaran con vida en nombre de todos los que no tuvimos esa suerte. Pero luego pensé: Incluso si eso se pudiera y una nave se mantuviera en el espacio por millones de años, sería difícil superar la nube de Oort; la cual perdería consistencia al ya no estar la influencia gravitacional del sol. Tal vez todos los cuerpos que la componen habrían sido arrastrados por las mareas gravitacionales de otros cuerpos lejanos; tal vez caerían sobre esa última nave como caen al piso los platos y vasos con todo y mantel, si de momento la mesa que los sostiene desapareciera. Finalmente ese segundo que tomó que la totalidad del sol se cubriera de tonos oscuros, cada vez más oscuros, hasta que por un momento infinitamente corto, el sol se vio obscurecido, como en un eclipse total.

La visión no duró mucho; o tal vez ni siquiera llegó a presentarse. El siguiente momento fue mucho más rápido y alarmante: un nuevo brillo se apoderó de nuestra estrella, mientras por su horizonte, aparecía el fulgor de una explosión cataclísmica que debió ocurrir 8 minutos antes, pero cuya luz apenas llegaba a la tierra. No pude continuar mirando. Posiblemente la cantidad de luz me habría cegado de todas formas. Pero fue otro sentimiento el que me hizo apartar y correr rumbo al pasillo.

Mientras corría, esa fracción de segundo se sentía como una cantidad mayor de tiempo. Ahí en el pasillo, estaría mi madre y mi hermano. Ambos abrazados. Mi madre, de pie frente a mi hermano, sentado. Primero pensé que estaría alarmado, triste, preocupado; pero en cuanto me aproximaba, entendí que la expresión en su cara era la de malestar. Una nueva pulsación magnética nublaba nuestros ojos mientras deformaba todo alrededor; como una onda de choque doblando la superficie del agua con una ola enorme que seguramente levantaría cualquier barco. Pero no había barco; solo era el espacio, sufriendo de una marea magnética sin precedentes en nuestro planeta. No entendía como había pasado: el sol aún estaba en su juventud. Se supone que moriría convirtiéndose en una gigante roja que cubriría la tierra y los otros planetas internos; que después de mucho más tiempo, al no ser capaz de mantener ese tamaño con su ya poca energía, se colapsaría sobre si misma hasta convertirse en una enana blanca y eructando sus capas

exteriores hacia el espacio. ¿Qué pudo haber cambiado? ¿Cómo llegamos a esto? Y ¿tan pronto?

¿Qué podía hacer yo? ¿Qué le diría a mi mamá? Que tanto luchó por mí y mis hermanos; que tanto hizo para que pudiéramos vivir de buena forma. ¿Qué podía hacer por mi hermano? A quien le quedé a deber tanto siempre; por quien no pude hacer tantas cosas... Solo abrazarlos. Solo dedicar mis últimos momentos a que supieran que estaba con ellos. Solo hincarme a su lado y abrazarlos mientras el pulso comenzaba a barrer mi conciencia, mis pensamientos. Mientras ese pulso final me despojaba de la capacidad de sentir nada alrededor... o pensar... o llorar.

Fred.cpp / 2014-Nov-07